

á Dios desde hoy el sacrificio con toda la plenitud de nuestra voluntad, á fin de que cuando la muerte surja no tenga nada que arrebatar nos á pesar nuestro.

¡Dios mío! ¿qué es vivir largo tiempo, sino padecer largo tiempo, ó por el temor ó por la espera de muchos males? Y, no obstante, ¿cuál es nuestra ceguera? Tenemos miedo á la muerte, y no pudiendo sustraernos á esta última catástrofe, quisiéramos poderla alejar, aunque sepamos que para un alma cristiana la muerte es el fin de sus miserias, el término de sus pecados, la entrada en una vida mejor, la puerta de la patria celestial y el dichoso acceso al seno de la divinidad. Abrid, os suplico, Señor, los ojos de mi alma, para que conozca que mi salida de este mundo no es una pérdida sino una ganancia, pues que recibo incomparablemente más de lo que pierdo. Haced que, muerto al vicio y yo mismo, no me aficiono más á nada de todo lo que la muerte podría quitarme á pesar mío, y que viva con un corazón tan indiferente que ni la pérdida de todo lo que poseo, ni la incertidumbre del porvenir puedan hacerme difícil y temible la disolución de mi ser.



NOVENO MEDIO

Deseo del cielo

NO basta, para merecer lograr un fin dichoso, no temer tanto la muerte; es necesario también que nuestra alma se excite más y más en el deseo de la eterna patria; porque es uno de los medios más eficaces para morir en paz, el aspirar con ardor á la felicidad celestial. En efecto, cuando nos dirigimos con una viva inclinación hacia algún fin, las asperezas del camino que conduce á él desaparecen, ó más bien nos parecen suaves y lo que primero era para nosotros difícil é impracticable, se hace fácil y cómodo. Ahora bien, como nuestra alma no entrará en la posesión de la dicha de los santos hasta después de haber dejado su cuerpo, se sigue de

ahí que un sincero y ardiente deseo del cielo produce un santo deseo de morir, y que una aspiración inflamada hacia las celestiales moradas derrama una maravillosa dulzura en todas las angustias de las últimas luchas de la naturaleza.

No obstante, hay hombres que abandonarían muy voluntariamente *al Señor del cielo*¹ con tal que se les dejase vivir siempre en la tierra; tan poco es el atractivo que sienten por la celestial herencia. Su deplorable indiferencia procede de que los bienes que nos esperan en el cielo no les son conocidos; porque no se desea lo que se ignora. Para remedio de tan gran mal, concedednos la gracia ¡oh divino autor y único objeto de nuestra beatitud! de conocer al menos como en un espejo ó en un enigma² lo que habeis preparado á los que os aman; de encendernos en ardor por esta incomparable felicidad, y de tender con todos nuestros deseos hacia la dichosa mansión donde nuestra alma después de nuestra vida deseará tan vivamente ser admitida. Los placeres que se nos prometen en el cielo son infinitos, eternos, y dignos por esos dos motivos de ser el objeto de nuestros votos más ardientes.

¹ Sal 113. 25.

² 1. Cor 13. 12.

ARTÍCULO I

Los placeres del cielo son infinitos.

La gloria del paraiso es infinita porque nos libra de males infinitos y nos pone en posesión de bienes infinitos.

Nos libra de males infinitos.

En el cielo hay una exclusión absoluta del mal. Dos clases de males nos afligen en la vida: los dolores del cuerpo y las penas del alma, porque todo lo que se puede padecer en este mundo, es, ó sufrimiento del cuerpo ó tormento del alma. En la patria celestial, por el contrario, no habrá ni penas en el alma ni dolores del cuerpo que puedan alterar la eterna felicidad de los escogidos. No habrá en esa mansión, nos asegura la Escritura, *ni el duelo, ni los lamentos, ni los dolores*¹ de este destierro. Los santos *no tendrán hambre, ni sed, ni los ardores del sol ni ningún otro fuego les incomodarán.*² *El dolor y los gemidos huirán lejos de ellos.*³

Durante la vida presente, no se goza jamás una dicha completa, un placer puro sin ninguna mezcla de amargura. En

¹ Apoc. 21. 4.

² Apoc. 7. 16.

³ Isai. 54. 11.

el cielo habrá un placer pleno, una dicha perfecta, una reunión de todas las suavidades y de todos los placeres á la vez, sin ninguna pena de espíritu, sin ningún sufrimiento del cuerpo. ¡Oh cuán dulce y delicioso será habitar esta ciudad santa, la celestial Jerusalén, cuyos habitantes todos son santos, donde todos se aman más sincera y tiernamente que los hermanos; donde todos y cada uno de ellos se regocijan más de la dicha de los otros que de la suya propia; de donde están absolutamente desterrados todos los males, todas las angustias del alma y todos los dolores del cuerpo; donde no hay ni enfermedad, ni hambre, ni sed, ni frío, ni calor ardiente; donde no se agitan ni la persecución, ni la guerra, ni los celos, ni la envidia, ni la calumnia, ni el odio; donde reinan una entera paz, una calma continua y una dichosa tranquilidad.

Nos pone en posesión de bienes infinitos.

En el palacio de los escogidos, no solamente no habrá ningún mal, sino todos los bienes estarán reunidos allí: habrá una superabundante profusión de todas las delicias posibles é imaginables. ¡Oh alma bienaventurada! en ese lugar serás colmada de todos los goces posibles, y los disfrutarás sin disgusto, sin turba-

ción y sin interrupción. Todas las facultades, todos los sentidos de tu cuerpo poseerán todos los contentos que es posible concebir, tanto cuanto son capaces de poseerlos en el cielo, y los poseerán sin medida, continuamente y sin que tengan jamás ningún disgusto.

¡Oh cristiano que lees esto! mira tu cuerpo, del cual reprimes ahora los apetitos desordenados; mira tus piés, que apartas del camino del mal; ve tus manos, á las cuales prohibes las acciones ilícitas; ve tus miembros, los cuales haces servir á la justicia;¹ brillarán un día con una claridad más grande que la del sol. Tu cuerpo será inmortal, estará exento de dolores, de sufrimientos y de todas las miserias; será ágil y sutil; como un espíritu pasará al través de las más espesas murallas; tan pronto como el rayo, se transportará en un abrir y cerrar de ojos de un polo al otro.

Cada uno de los sentidos tendrán el goce que le conviene. Los ojos, que cierras ahora ante los objetos peligrosos, gustarán de inefables delicias al ver y contemplar á Jesucristo, á la augusta Reina del cielo y á todos los santos. ¡Oh! ¿quién podría decir el exceso de su arrobamiento? ¿No nos juzgaríamos los más dichosos de los mortales, si, en este mo-

¹ Rom 6. 19.

mento y en este mismo lugar donde estamos, la Santísima Virgen se nos apareciese con todo el esplendor de su belleza; si Jesucristo mismo acompañado de nuestros santos patronos nos manifestase claramente su presencia y nos permitiese verle en la gloria de su majestad? ¡Qué dicha! Pues bien, en el cielo, no solamente veremos á Jesucristo, á María y á todos los santos, sino que viviremos y conversaremos con ellos todos los días con toda libertad, durante la eternidad entera y en la amistad y familiaridad más íntima.

Si, en una sola aparición, la vista instantánea de alguno de los santos basta para colmar á un hombre de indecible consuelo, ¿de cuánto gozo no seremos inundados viendo, no por corto tiempo, sino siempre, continuamente y en toda la claridad de la luz celestial, la innumerable multitud de tantos cuerpos gloriosos y sobre todo el cuerpo de la bienaventurada Virgen nuestra Madre, brillando con una gloria incomparable? ¡Qué arrobamiento para nuestros ojos cuando vean claramente la amabilísima Humanidad de Jesucristo, cuya belleza es tan perfecta que, si no hubiese otro gozo en el cielo, ella sola bastaría para hacer de él un paraíso. Así, dice San Agustin, tendremos en el cielo *otros tantos nuevos*

gozos cuantos sean los compañeros de nuestra dicha; tantas eternas felicidades cuantos fuesen los santos, pues que todos los escogidos, brillando con inefable hermosura, poseerán, por decirlo así, el paraíso tantas veces cuantas los compañeros de su gloria podrán contemplar el feliz mortal. ¡Oh beatitud verdaderamente incomprendible!

Mas, si tales son las delicias de la vista, ¿qué dulzuras no encontrarán nuestros otros sentidos? Para decirlo, sería necesario hablar el lenguaje de los ángeles. Reunamos, con el pensamiento, todo lo que es capaz de halagar nuestros sentidos, el oído, el olfato, el gusto y el tacto; que nuestra imaginación acumule en seguida, que multiplique hasta lo infinito los placeres de que se ha formado una idea; que no se detenga, que aumente aún el número, que añada sin cesar, que extinga sus cálculos; todos esos innumerables goces no son ni siquiera una sombra comparados con los placeres con que nuestros sentidos serán embriagados en la mansión de los escogidos. En una palabra, el ojo no ha visto, el oído no ha oído y el corazón del hombre no ha conocido nada comparable á las arrobadoras delicias prometidas á nuestros sentidos en el palacio de Dios.

Continuemos. Los goces del cuerpo en

el cielo serán grandes, es verdad, pero los goces del alma serán más grandes, inmensamente más grandes. Si la gota de consolación interior con que Dios favoreció á Javier en las Indias fué tan deliciosa; si la suave unción del Espíritu Santo, comunicada un instante á los mártires, les ha dado tanto encanto en los suplicios y han afrontado con gozo el furor de sus verdugos, ¿qué será en el paraíso, donde el gozo no caerá gota á gota, sino que se desbordará como un torrente impetuoso en el corazón de los escogidos?

¿Y quién podría explicar las delicias con que el alma será inundada, cuando traiga á la memoria las gracias á las cuales ha correspondido; las tentaciones que ha vencido; los peligros de pecar que ha evitado; las penitencias, las virtudes y todas las buenas obras que ha practicado? ¡Oh Dios mío! exclamará, yo también habria podido ser condenada, habria podido perder la dicha. ¡Qué gozo! ¡Oh! si yo hubiese gustado aquel placer, si hubiera resistido á aquella luz de la gracia, habria perecido sin recurso; mas por la gracia de Dios he resistido y vencido, y llegado al término dichoso. Otros compañeros y amigos míos fueron vencidos, sucumbieron, murieron en su pecado y perecieron, ¡desgraciados! Ahora arden

en el fondo del infierno, y yo soy dichoso... dichoso para siempre. ¡Oh amable penitencia! ¡oh santas mortificaciones del cuerpo! ¡oh dulces vencimientos! sin vosotros me habria perdido, mas ahora me he salvado, soy dichoso, y lo seré siempre. ¡Oh felicidad!

He aqui muy grandes placeres sin duda, y no obstante, pueden apenas ser comparados con lo que nos resta que decir. Tu inteligencia ¡oh alma predestinada! verá á Dios, no ya en sus manifestaciones exteriores, no ya como un espejo y un enigma, sino cara á cara, muy cerca de sí, en su propia esencia y de la manera más perfecta. Medita atentamente esta verdad. Tú, tú misma, verás á Dios con una visión intuitiva, dicen los teólogos, según este oráculo del amado discípulo: *Nosotros le veremos tal cual es.*¹

¡Oh palabras llenas de una dulzura inefable! ver á Dios, conocerle intuitivamente, contemplar esta belleza, esta omnipotencia, esta inmensidad, esta sabiduría; fijar sus miradas iluminadas con las más puras y perfectas luces sobre este inmenso océano de todas las perfecciones divinas, ¡oh qué arrobamiento! ¡qué éxtasis!

Si Dios no mostrase más que por gra-

¹ Juan, 3, 2.

dos á sus escogidos la esencia de su divinidad, si les manifestase poco á poco y sucesivamente sus divinas perfecciones, si les comunicase gota á gota sus delicias, su Majestad podría siempre alimentarlos con nuevos espectáculos, regocijarlos por toda la eternidad, cautivarlos con placeres sin cesar renacientes, y con gozos inenarrables. ¿Qué será, pues, gustar todos esos contentos á la vez; contemplar en el mismo instante todos esos espectáculos; ver con una sola mirada todas esas hermosuras; quedar sumergido en la plenitud de ese océano insondable de todos los bienes y de todos los goces posibles; poseer la felicidad infinita sin ningún peligro ni temor de perderla jamás? ¡Oh! si, yo seria más que un mortal, si pudiese comprender esas delicias.

Avancemos aún, y veremos más grandes maravillas. Tu voluntad, alma afortunada, poseerá á Dios con un amor beatífico y en Dios poseerá todo bien. ¡Qué digo! No solamente poseerá todos los bienes sin excepción, sino que poseerá la fuente de todos los bienes. Redobra aquí tu atención, escucha y admirate: Dios mismo será nuestra beatitud, según su propia promesa: *Yo seré tu recompensa magnífica.*¹ Todo está dicho,

¹ Gen 15. 1.

todo está encerrado en esas expresiones: *Yo seré tu recompensa.* ¡Oh palabras llenas de un sentido profundo! ¿Vos, Dios mío, que sois la felicidad y la beatitud misma y el soberano Bien, vos seréis mi recompensa? ¿Vos seréis mi dicha, mi suficiencia y mi propiedad? Si, ¡oh alma predestinada! tú serás dichosa en el cielo con la dicha con que Dios mismo es dichoso, aunque en un grado diferente; estarás sentada en la mesa en la cual Dios está sentado; beberás con Dios en el mismo cáliz, en la copa de las castas delicias; admitida al banquete celestial, tu porción se tomará del mismo pan con que se alimenta la Santísima Trinidad, como Jesucristo nos lo asegura: *Comeréis y beberéis á mi mesa en mi reino.*¹ Estarás sentada con Dios en la misma sede de felicidad, en el mismo trono de gloria, según esta promesa: *Yo le concederé que se sienta conmigo en mi trono.*² Es decir, serás dichosa con esa misma beatitud con que Dios es dichoso, porque la dicha de Dios consiste en el conocimiento y el amor que tiene de sí mismo; y tu dicha consistirá igualmente aunque en diferentes grados, en el conocimiento y amor de Dios. Poseerás la misma felicidad que Dios posee en cuan-

¹ Luc. 22. 30.

² Apoc. 3. 21.

to á la substancia; gozarás de la abundancia de las mismas delicias de que el corazón de Dios está lleno: el bien esencial que en toda la eternidad ha saciado plenamente al Señor, saciará superabundantemente tu corazón; vivirás, y quedarás absorta en Dios. ¡Qué digo! No vivirás tú misma, sino que Dios vivirá en tí, y serás como otro Dios, así como nos lo asegura el discípulo amado: *Nosotros seremos semejantes á él.*¹ Dios estará en tí y tú descansarás en Dios en los inefables abrazos de un amor mutuo: no desearás ningún gozo que no te sea concedido al instante: no formarás ningún deseo que Dios no cumpla en el acto. No solamente tendrás todo lo que desees, sino que la felicidad se te dará con tanta plenitud que no te quedará nada más que desear: no solamente serás dichosa, sino que serás en cierto modo la dicha misma.

¡Oh Dios! ¿quién podrá comprender en la tierra los gozos que inundan á vuestros escogidos en el cielo? El profeta real nos asegura que Dios *les da de beber no con el cáliz, sino con el torrente de sus delicias*, que no solamente los sacia, sino que también *los embriaga con la abundancia de los bienes de su morada.*² El gozo del Señor no entrará en su

¹ 1. Juan. 3. 2

² Sal. 35. 9

corazón, porque el espacio es muy estrecho y estaría allí muy apretado, mas *ellos mismos entrarán en el gozo del Señor.*¹ Todo su ser quedará sumergido en ese océano de todas las delicias.

Cada uno de sus sentidos y de las facultades de su alma, no solamente gustará un gozo infinito, sino que también será, por decirlo así, la infinidad misma de todos los goces y de todos los placeres, y esto sin interrupción ni disgusto jamás. Los escogidos en el cielo, dice San Agustín, *estarán siempre ávidos y siempre satisfechos*, pero sin disgusto, porque, siendo Dios la hermosura infinita, cuanto más se le posee más encantos se encuentran en ella.

Alma que meditas estas verdades, si debes ser escogida, tu dicha será tan grande, tan superabundante, tan completa, que respecto del bien, tú sola encontrarás allí más contento que desolación sienten respecto del mal los condenados en todos sus dolores. Supongamos que una gota de este mar de gozo de que será inundada viniese á caer en el infierno; esta única gota transformaría al instante mismo en un paraíso esas horribosas prisiones. Si, una sola gota de tu felicidad caida en el infierno, cambiaría al punto los intolerables tormentos en arro-

¹ Mat 25. 21.

badoras delicias, y convertiría la hiel de los dragones en una miel exquisita, y el abismo de la eterna desesperación en una mansión de inexplicable felicidad. No es de mi propio fondo de donde he tomado este pensamiento, porque no es otra cosa que la doctrina misma de San Agustín. *Si la menor gota de la gloria futura*, dice este Santo Doctor, *viniese á caer en el infierno, endulzaría todas las amarguras*. Acumulemos á la vez todos los sufrimientos de todos los réprobos; pues bien, el menor gozo del último de los escogidos será más grande que todos los tormentos y todos los suplicios del infierno reunidos.

Es cierto que Dios usa de su poder para castigar á los réprobos en el infierno, pero los castiga menos de lo que merecen: en el cielo, por el contrario, su Majestad hace á los escogidos mucho más felices de lo que ellos tienen derecho á pretender y más allá de su mérito. En el infierno, la justicia sólo está armada para castigar á los condenados; en el cielo, todas las perfecciones divinas concurren á la dicha de los santos. La justicia de Dios les retribuye según sus méritos, la misericordia excede á todos sus méritos, la magnificencia excede á todas sus esperanzas y sus votos. A fin de poner la última medida á su beatitud, Dios

agota por decirlo así todos los tesoros de su poder y de su sabiduría; de manera que, siendo Dios como es, su sabiduría infinita no conoce felicidad más grande, y su omnipotencia no puede darles una dicha preferible á aquella con que colma á sus escogidos dándose á sí mismo: *Yo mismo seré vuestra recompensa*.

Es cierto, pues, que los gozos que Dios ha preparado á los que le aman son infinitos, porque nos libran de muchísimos males y nos procuran una infinidad de bienes. No podemos dudarle, ¡oh alma mía! se trata de un artículo de fe: "Son infinitos los goces que Dios procurará á nuestro cuerpo, y aquellos con que embriagará nuestra alma".

¡Qué maravilloso destino nos prometen las palabras que acabamos de oír! No obstante, aunque he procurado resumir todo lo que nuestra imaginación puede figurarse y lo que nuestra inteligencia puede concebir de esta incomparable y por siempre incomprensible felicidad de los santos, ciertamente no he dicho nada que se aproxime. Todo lo que celebran respecto á esto los más elocuentes oradores, todo lo que enseñan los más doctos teólogos y los más hábiles maestros de la vida espiritual y, en fin, todas las expresiones del lenguaje humano, cuando se trata de la vida celestial, no son

más que una sombra pálida, ó, más bien, no son nada, en comparación de la realidad.

Imaginaos los gozos más abundantes y más perfectos; la felicidad de los escogidos será siempre infinitamente superior á vuestras concepciones. Multiplicad, aumentad todavía, añadid sin fin y sin medida todo lo que es capaz de encantar el corazón; y no tendréis aún ni una idea aproximada del goce que os está preparado en el cielo. San Dionisio ha dicho de Dios: *Este soberano Señor no es ni tal cosa ni tal otra, sino que lo es todo*. Se puede decir otro tanto del cielo. Así el cielo no es ni lo que se dice ni lo que se imagina de él; sino que lo es todo, por encima de toda bondad, por encima de toda dulzura y por encima de toda excelencia. Del mismo modo que Dios es un Ser incomprendible y superior á toda excelencia criada, un Ser cuya infinita perfección escapa á las concepciones del espíritu y á las definiciones del lenguaje humano, del mismo modo la noción menos imperfecta que podemos hacer de la patria de los escogidos es representárnosla como cosa tan incomprendible y tan inexplicable como lo es Dios mismo. ¡Oh hora mil veces deseada aquella en que seremos admitidos á tan grande gloria! ¡oh goces inexplicables! ¡oh ine-

narrable felicidad! ¡cuán dulce es perderse en este mar inmenso de una beatitud infinita!

¡Oh Dios mío! vos sereis, pues, mi recompensa. ¡Oh recompensa verdaderamente grande! Sí, es muy grande para una vil criatura que os ha amado tan poco! ¡muy grande para un detestable pecador que os ha ofendido tantas veces! ¡muy grande para un hombre, el deshecho de los hombres, que no ha correspondido á tantos beneficios más que con ingratitudes! ¡Oh Dios! las delicias del cielo son infinitas, y no obstante, tengo tan poco deseo de gozarlas. ¡Qué digo! No tengo ninguna dificultad en venderlas al demonio por un placer vergonzoso. ¡Ah! ¿qué hice cuando sucumbí á esa tentación? ¡Ay de mi, que he abdicado mis derechos al cielo, yo que creo que los goces del cielo son infinitos, y he renunciado á ellos no por un reino ó un imperio, sino por nada, ó por un objeto cuyo recuerdo me avergüenza! ¡Ah! la confusión cubre mi rostro, soy indigno de levantar los ojos hacia la patria celestial. Me arrepiento, ¡oh Dios mío! detesto mi locura, y estoy resuelto á no pecar más, porque deseo con todo mi corazón veros, amaros y poseeros y gozaros en la beatitud infinita. ¡Oh deseada hora! ¡oh momento afortunado en el cual descansaré

deliciosamente en vos! ¡oh Dios mío! y vos en mí en los dulces abrazos de un mútuo amor!

ARTÍCULO II

Los placeres del cielo son eternos.

Los placeres del cielo no solamente son infinitos, sino que también son eternos. Repitémoslo: son eternos, eternos. ¡Oh palabras cortas, pero llenas de sentido! los placeres del cielo son eternos, están exentos de toda vicisitud. ¡Oh alma predestinada! en el cielo gustarás placeres y goces infinitos; los poseerás eternamente, y sin temor de perderlos nunca. ¡Qué felicidad!

¡Oh Dios mío! ¿es, pues, cierto que las delicias que nos habeis preparado durarán eternamente, que continuarán por toda la eternidad y siempre sin disminución? ¿Es, pues, cierto que una vez bienaventurados, seremos bienaventurados para siempre? Sí, las delicias que Dios prepara á los justos, serán perpétuas, ilimitadas, eternas. Este es un artículo de fe contenido en el simbolo de los apóstoles. La eternidad de los placeres celestiales es uno de esos dogmas fundamentales de la doctrina católica que no se puede negar sin caer en una deplora-

ble heregia. El Espíritu Santo, en muchos lugares de la Escritura, ha tenido cuidado de establecerlo. *Los justos vivirán siempre.* ¹ *Un placer eterno coronará sus frentes.* ² *El placer de los justos será eterno, su júbilo no tendrá fin: reinarán en los siglos de los siglos.* ³ Por toda la eternidad serán dichosos, y su dicha no disminuirá. Mientras Dios sea Dios, los bienaventurados serán bienaventurados.

El día del último juicio llegará, todo este universo será trastornado y destruido; después de esta destrucción general pasarán millares de millares de siglos; millones y millones de siglos le seguirán, y la duración de la bienaventurada eternidad no habrá disminuido ni un instante. Pasarán de nuevo otros tantos millones de siglos cuantas son las hojas de los árboles, y la dicha de los santos será como si comenzara. No digo bastante: después de esta cadena inmensa de años y de siglos, nuevos siglos tan numerosos como los átomos en el aire, y los granos de arena en la tierra pasarán aún y los bienaventurados serán dichosos y seguros de serlo siempre.

¡Oh Dios mío! ¡qué placer poseeros sin

¹ Sab. 5. 16.

² Isai, 35. 10.

³ Apoc. 22. 5.